

Polianteas y otros repertorios de utilidad para la edición de textos del Siglo de Oro

Sagrario López Poza
Universidad de La Coruña

Y estoy tan confiado en esta traça que podrían con facilidad los predicadores que tuviessen un pocó de curso formar sermones de afrenta¹, aunque fuesse repentinamente, con tal que tengan hecho un cartapacio de lugares communes, de los vicios y virtudes y de las cosas de erudición y doctrina, por quanto sin tener un predicador hecho esto no me persuadiré jamás que pueda dezir cosa que merezca alguna alabança [...]

DON LUYNS Estos cartapacios, no podrían escusarse con algunos auctores?

LIC. BOAN Sí, porque hartos ay que han escripto de essos tales lugares communes, mas esto otro es más provechoso, porque lo que se escribe queda mejor en la memoria. Y aun de tener esta curiosidad creo yo hizieron la *Polyanthea* Dominico Nanio Mirabello y Bartholomeo Amancio, y Esterodamo su obra de símiles y comparaciones, y otros autores otras obras dignas de gran alabamça, como lo que Belengardo trabajó en sus obras y Erasmo en sus *Chiliadas*, y Ioan Rosino en sus libros de *Antiquitatibus Romanorum*, y Turnebo en sus *Adversarios*, y Justo Lipsio en todas sus obras; y lo mesmo hizo Mureto, aunque más breve.

Es ya bien sabido (y los textos como el de este diálogo² nos lo ayudan a comprender) que los autores de los siglos XVI y XVII disponían de unas ayudas para la *inventio* o para ornar sus discursos que no podemos dejar de tener en cuenta cuando realizamos ediciones de textos auriseculares. Es tarea, sin embargo, que requiere ser considerada con tiento. Si tras analizar las fuentes empleadas por un autor nos precipitamos a sacar conclusiones inmediatas sobre sus lecturas, erudición y

¹ «De afrenta» parece un modo adverbial gemelo a «de repente», «de luego».

² Juan de Guzmán, *Primera parte de la Rhetórica (Alcalá de Henares, 1589)*, ed. Perinán, 1993, pp. 182-83.

cultura, podemos incurrir en el error de sobreestimar la formación intelectual de nuestro escritor, cuando a veces una parte de su erudición era prestada. Por el contrario, si al contrastar las citas y fuentes de un autor advertimos que se sirvió de la ayuda de poliantes u otras herramientas auxiliares, podemos caer en la tentación fácil de calificar a nuestro autor de «ingenio lego», sambenito que tantas veces se ha colocado a Lope injustamente. El empleo de estos repertorios auxiliares se convirtió en una práctica común para cualquier hombre de formación humanística, así que es necesario que conozcamos bien estas herramientas del estudio del escritor u orador para valorar en su justa medida la manera en que el autor en cuestión las explotó.

La elaboración de un cartapacio personal³ o *codex excerptorius* (donde los humanistas anotaban cuanto de sus lecturas les parecía

³ Ver Erasmo, *De copia verborum, et rerum libri duo. Eiusdem libellus de ratione studii & pueris instituendis. Eiusdem de componendis epistolis libellus utilissimus, cum nonnullis aliis, ad omnium studiosorum utilitate*. Compluti, MDXXV. Tras manifestar su opinión contraria a recitar la lección de memoria, como un papagayo, invita a reflexionar sobre lo leído, atendiendo con detenimiento a la forma y al contenido. Luego aconseja que si se lee algo que parezca especialmente elegante, antiguo o curioso, se ponga un asterisco en el margen. Luego insta a analizar la causa por la que el estudioso ha sido atraído por lo señalado (la agudeza, la oratoria, la armonía de la composición...) y anima a quien ha gozado de esos textos a divulgarlos y utilizarlos siempre que le convenga. En esta misma obra, en el «liber secundus», dedica un apartado a los tipos de lugares comunes (fols. 73v-74v). Vives explica con detalle cómo preparar el propio cartapacio de citas en *De tradendis disciplinis, seu de institutione Christiana*, libro III, cap. III: «De iis quae ad discipulos attinent: codicis in primis habeant, in quibus ut quodque vel lectione privata, vel magistri expositione occurrat notabile, diligenter scribant». Propone dividir un cuaderno de hojas en blanco en doce *lugares* en que se anotarán palabras sueltas singulares, propiedades oratorias, historias, fábulas, dichos y sentencias graves, dichos ingeniosos, proverbios, hombres famosos, ciudades insignes, animales, plantas y gemas peregrinas, lugares difíciles de autores explicados y por último, dudas no resueltas. Salinas, en *Rhetorica in lingua castellana* (Alcalá de Henares, 1541) da detalladas instrucciones para realizar lo que se conocía como *codex excerptorius* en el apartado: «Forma que se deue tener en sacar los exemplos y sentencias de los autores que se leen de manera que se apliquen a todos los propositos que pueden hazer y se pongan por orden que de suyo offrezcan quando fueren menester». Recomienda que la Biblia sea sometida a ese método y da como ejemplo una tabla de virtudes y bondades (que deben escribirse en un libro blanco) como títulos bajo los que se irán colocando los textos correspondientes. El catedrático de Retórica Lorenzo Palmireno, en su obra *El estudioso de aldea* (a la que Gracián dedica elogios en su *Agudeza y arte de ingenio*) atiende también a este método, al que él denomina «el prouerbiador o Cartapacio»: «Por perezoso que sea el estudiante, suele tener un libro, donde escriue lo que mas le agrada: a este llaman *Codex excerptorius*, Prouerbiador, o Cartapacio. Es la llauue de la doctrina, ayuda de memoria, y en fin no puedes estar sin el» (p. 132). Aconseja luego seguir el orden por *locos communes* recomendado por Luis Vives, que le parece más adecuado para los niños que el de Erasmo, y a cada lugar da un número, del 1 al 14. Indica con precisión cómo debe prepararse el Cartapacio, que no estaba destinado sólo a estudiantes jóvenes. La compilación personal que hubiera ido elaborando un hombre docto a lo largo de su vida sería joya preciosa para otro erudito, y así explica cómo solían adquirirse en almonedas, cuando el propietario moría, los cartapacios de estudiosos reconocidos, como el del doctor Jayme Pere Esteve (p. 135). Lipsio, modelo de erudito católico, admirado por todos en su época, recomienda también que el escritor se haga con una colección de citas (*excerpta*), de ornamentos (*ornamentum*), de giros (*formulae*), de vocabulario (*dictio*). Recomienda almacenar en la memoria imágenes, alegorías, trazos o puntos, frases propias para conferir a un estilo su *venustas*. Ver *Iusti Lipsi Epistolica Institutio, excerpta e dictantibus eius ore...* (cap. XII: «De excerptis; quo ordine ea instituenda, & a quibus singula carpenda»; puede hallarse en *Opera omnia*, vol. II, p. 539).

que podía serles de utilidad ulterior según las recomendaciones de humanistas como Erasmo, Vives, Miguel de Salinas, Lorenzo Palmireno, Lipsio, o los jesuitas) aunque fue práctica largamente ejercitada, se vio pronto reforzada por la imprenta.

El interés comercial propició que, ya desde comienzos del siglo XVI, se produjera una eclosión de herramientas auxiliares de carácter enciclopédico impresas que intentaban reunir según taxonomías y criterios diferentes todos los conocimientos relativos a fuentes de la erudición y lugares comunes que un autor o un predicador podía necesitar.

Los argumentos eruditos extraídos de toda clase de saber se hicieron imprescindibles en el discurso de cualquier escrito culto de los siglos XVI y XVII y aunque oficialmente se desdijera el uso de estas ayudas en sustitución del método considerado más correcto, el del cartapacio personal basado en las lecturas de primera mano, algunos educadores han de rendirse a la evidencia, y así el jesuita Nicolas Caussin declara en sus *Eloquentiae sacrae et humanae parallela* (1619):

Tenían los grandes oradores la costumbre de, con el esfuerzo personal, procurarse lugares comunes de historias, de los cuales hacían uso a la hora de pronunciar un discurso, según lo permitiese la oportunidad del asunto y de la ocasión. A nosotros, desde nuestra perspectiva actual, el paso del tiempo nos ha ido acumulando, de la misma manera que una gran cantidad de sucesos, así también una abundante serie de historias, las cuales las han ordenado por precisos capítulos temáticos y en diferentes lenguas tan-tísimas personas, que la labor de recopilarlas hoy en día parece casi superflua. Así pues, quienes siguen el camino del ahorro para llegar a la mencionada abundancia de ejemplos, toman entre sus manos las colecciones de historias, de las cuales extraen sin esfuerzo alguno los datos difundidos a lo largo y a lo ancho entre los diferentes historiadores⁴.

Aunque el padre Caussin indique luego los riesgos de incurrir en errores por fiarse de informaciones incompletas y sacadas de su contexto, admite que la práctica es un hecho generalizado e incluso recomienda algunos de esos repertorios que a él le parecen mejores para cada una de las que denomina *fuentes de la invención*⁵.

El mismo desarrollo de la imprenta, que por una parte había facilitado la posesión de libros, planteó un problema con el que no se contaba: cada vez era más difícil asimilar y acceder a la totalidad de lo producido.

El variopinto saber que un humanista precisaba ya no podía proceder de la paciente lectura de unos cuantos volúmenes, bien aprehendi-

⁴ Caussin, *De Eloquentia sacra et humana libri XVI*, cito por ed. 1643, lib. IV, cap. 3 (la traducción es nuestra).

⁵ Caussin las clasifica en: 1. La Historia; 2. Los Apólogos y las parábolas; 3. Los Adagios; 4. Los Jeroglíficos; 5. Los Emblemas; 6. Los Testimonios de los antiguos; 7. Las Sentencias; 8. Las Leyes y la Jurisprudencia; 9. Las Sagradas Escrituras; 10. La razón y el talento aplicados a los lugares comunes.

dos y asimilados, y así se creó una demanda de instrumentos que facilitaran el acceso de una forma rápida y fácil a una vasta cultura clásica y moderna que los impresores estuvieron muy dispuestos a facilitar.

A menudo hemos leído cómo los críticos modernos califican estas ayudas de «diccionarios secretos»⁶, pero conviene matizar, por si de ese marbete se deduce no del todo correctamente que los autores intentaban ocultar la fuente o actuar con astucia o fingimiento.

Más cierto parece que un intelectual en fase de creación acudía a estas ayudas en busca de guía u orientación para ampliar sus fuentes, y luego, si tenía oportunidad, buscaba la fuente primigenia y tomaba de allí la cita pertinente y a veces se inspiraba en el texto que rodeaba a la cita desgajada que había ido a parar al florilegio. Sólo los autores menos formados y una gran cantidad de predicadores se contentaban con elaborar un discurso a base de material prestado y no contrastado sin acudir al contacto directo con las fuentes de la erudición.

Naturalmente, al igual que cualquiera de nosotros hoy no confesamos a qué enciclopedias o diccionarios hemos ido a resolver las dudas que surgen en la creación de cualquier escrito, en los siglos que nos ocupan no se consideraba obligado hacerlo, pero no por ello debe sobrentenderse que se ocultan con dolo las fuentes intermedias.

En ocasiones no es tanto el talante o formación del escritor, sino sus circunstancias, las que hacen que los florilegios o polianteas se conviertan en herramienta de mucha necesidad, como cuando Quevedo sufrió prisión en san Marcos de León y el obispo de esa ciudad, Bartolomé Santos Risoba, le envió prestados varios libros entre los que figuraba la *Polyanthea* de Joseph Lange⁷, de la que se sirvió en la redacción de las obras que allí redactó.

Por otra parte, para el acceso a las fuentes primigenias, que solían estar escritas en latín (aunque también es frecuente hallarlas en lenguas modernas), eran imprescindibles los diccionarios, que en ocasiones eran plurilingües y ofrecían mucho más de lo que hoy solemos asociar a este tipo de obras.

Esta producción impresa de ayudas para la *inventio oratoria* y para el refuerzo de los escritos de poetas, oradores y escritores en prosa erudita, podemos clasificarla según la organización de los datos que ofrecen (a menudo obedeciendo a las demandas de las fuentes de la erudición ya clasificadas).

Frente a estas organizaciones bien conocidas, y a menudo reforzadas por el empleo del orden alfabético, las destinadas a proporcionar auxilio para la conversación no se someten a orden o taxonomía clara, sino que en un *ordo fortuitus* pretenden entretener y proporcionar mul-

⁶ Víctor Infantes, 1988.

⁷ Ver Luis Astrana Marín, *Epistolario completo de Don Francisco de Quevedo*, pp. 440-43 y 447.

titud de anécdotas y noticias curiosas, ejemplos en fin, que se prestan para el intercambio verbal entre amigos o como anécdotas que podían ser útiles para persuadir desde el púlpito. Unas y otras suelen ir provistas de copiosos índices que suponen una gran ayuda hoy para quienes como editores de textos áureos desean deshacer el camino que llevó a un escritor a utilizar ciertos materiales como fuente de su creación y poder estimar así en su justa medida el grado de erudición del autor estudiado o los procedimientos de trabajo que empleaba.

La producción de estas ayudas para el escritor tuvo una evolución desde que se realizaban manuscritas (antes de la existencia de la imprenta), y conviene tener en cuenta la concepción de quien elabora estas obras para comprender cómo, además de proporcionar información, aspiran a presentar una forma o visión del mundo y de las disciplinas que estudian. Por ejemplo, la *Naturalis Historia* de Plinio fue concebida como una *Historia*, como una investigación en marcha sobre los fenómenos naturales que él clasifica en categorías amplias, como Astronomía, Zoología, etc. No se advierte en ella un interés por presentar la unidad del mundo ni de las disciplinas. En cambio, la obra de san Isidoro de Sevilla *Origines* o *Etymologiae* trasluce enseguida una preocupación religiosa, y aunque inicialmente nos sorprendamos porque comienza la obra con una atención a la Gramática, pronto comprendemos que es porque concibe la lengua como la base del conocimiento. Para san Isidoro, si conocemos la palabra podemos aprehender la esencia de las cosas, porque rastreando la etimología se puede llegar a las cosas mismas y hasta su Creador. Todo el conocimiento se unifica, pues, sometido al método de la investigación etimológica. La influencia de san Isidoro fue muy poderosa en la Edad Media y se produjeron siguiendo su estela enciclopedias como *De rerum proprietatibus*, o *De naturis rerum*, o *Speculum*, en que sus autores destacaban las cualidades o esencia de las cosas que Dios había puesto en ellas.

En el siglo XVI asistimos ya a una concepción más lógica de las enciclopedias o repertorios de ayuda para escritores. Detrás de ellas hay un intento de comprensión de cómo funciona la máquina del universo, y suelen estructurar el conocimiento en taxonomías ordenadas que a veces se ocultan bajo las metáforas de sus títulos: *Teatro*, *Fábrica*, *Jardín*, *Panopticon*, *Syntaxis*... Sus autores desean someter a estructuras lógicas el orden oculto del Universo. Unos lo hacen siguiendo el sistema de *Hexaemera*, es decir, intentando codificar el conocimiento organizado según los siete días de la creación y otros lo presentan como catálogos o repertorios de organización temática que a veces se ajustan a los bloques aceptados como lugares comunes de erudición y otros a un ancho plan de conocimientos que aspiran a llenar todas las ansias de saber universal.

Este procedimiento estaba unido a la concepción de un mundo no cambiante, fijo, pero pronto se vio la necesidad de insertar en ese pro-

cedimiento «lógico» una nueva taxonomía más flexible: el orden alfabético. Mientras que en las obras anteriores la concepción del mundo se le daba hecha al lector, estas nuevas herramientas requerían de una participación activa del receptor, que tenía que ir construyendo su conocimiento yendo de una voz a otra. También supuso este nuevo método un cambio notable: mientras que antes un solo autor podía acometer la obra de un repertorio enciclopédico, ahora se podía abordar por un equipo amplio de personas (y esto es muy importante teniendo en cuenta que muchos de los autores de estas obras eran religiosos dentro de una orden en que podían echar mano de compañeros y discípulos para esta labor). En muchas ocasiones, obras iniciadas por un sólo individuo van incrementándose en cada nueva edición con las adiciones que se deben a otros individuos o colectivos.

Básicamente, podríamos dividir las obras de las que estamos hablando en las siguientes categorías según la forma en que presentan las ayudas que ofrecen: la *summa*, el *catálogo*, el diccionario (con carácter más o menos enciclopédico), las *Polianteas* o *Florilegios*, y las misceláneas. No podemos en este corto espacio de tiempo ocuparnos más que de una parte de ellas: las polianteas y los diccionarios y otros repertorios de carácter enciclopédico⁸.

La diferencia capital entre enciclopedias y diccionarios es que mientras las primeras se organizan por conceptos o por temas, los segundos se ordenan por palabras, pero es muy frecuente en la época de que nos ocupamos hallar un género híbrido (el de diccionarios enciclopédicos en torno a distintos temas) en que se disponen las entradas alfabéticamente pero la información ofrecida trasciende la que un simple diccionario daría.

La palabra *polyanthea* (muchas flores), con su sentido metafórico, anuncia la intención de aportar los mejores ejemplos ilustrativos de fragmentos de texto tomados de muchos autores y ofrecer así un jardín del conocimiento. A esta forma griega le corresponde la latina *florilegius*, y así las vemos a ambas juntas a menudo en los títulos, que a veces comparten con *anthologia*.

La importancia de estos repertorios radica en la influencia que pudieron dejar en el mundo de la lectura y el modo de composición de obras literarias. Leer desgajado de su contexto un fragmento de obra condicionaba fuertemente a quien lo hacía, pero las lecturas parciales de lo que los antólogos consideraban lo mejor de las obras clásicas y modernas, llevaba a una apreciación del texto de la cita fuera de su contexto que conllevaba riesgos. Aun así, la cita se convertía en mo-

⁸ Para un listado bibliográfico de 170 de estas obras, ver López Poza, 1990, en que indico localización y signaturas. Conviene también consultar Lerner, 1998, y Ruiz Pérez, 1997. Louis Lobbés aporta un breve listado de obras del siglo XVI en un trabajo en prensa. Ver también mi trabajo en prensa «Los libros de emblemas como *tesoros* de erudición auxiliares de la *inventio*» (ponencia en el Coloquio Internacional: *La Emblemática en el Siglo de Oro*, Pamplona, GRISO y Departamento de Arte de la Universidad de Navarra, 26-28 de mayo de 1999, que aparecerá en editorial Akal).

delo para el escritor, tanto por lo sugestivo del contenido como por los giros estilísticos y la forma de expresión lingüística.

El *florilegio*, desde los comienzos del humanismo, debe a la imprenta su larga difusión en Europa. Era heredero de las misceláneas antiguas del tipo de la que había reunido Stobeo en el siglo V (y que gozó de muchas reediciones bajo títulos variados, como *Eclogae*, *Loci communes*, *Excerpta*, *Florilegium*⁹), pero también tenía influencia de la tradición medieval de los libros de sentencias y sapienciales.

Las *Polyantheae*, a su vez, ofrecían recursos de dos órdenes: por una parte, los epígrafes generales de donde extraer la materia, o aclarar el punto de partida de variaciones y desarrollos (con la ayuda frecuente de cuadros sinópticos y divisiones complejas); por otra parte, para cada tema, una sucesión de citas que pueden apuntalar el discurso, ornarlo y dotarlo de la autoridad precisa. Por tanto hay amalgama de categorías que la retórica tradicional se había esforzado en diferenciar: el *locus argumentatorum*, base de los argumentos, que representa el sustrato de la *inventio*, el *locus communis* propiamente dicho o *topos* que corresponde a una primera amplificación, y la cita que juega sobre el doble plan del *ornatus* y de la *auctoritas*. Esta fusión no se realiza sin ambigüedades ni fluctuaciones. El espacio del libro se convierte en analógico del espacio que organiza la memoria y las tablas y árboles de significación que preceden a los artículos se consideran como los más importantes y desempeñan el papel de teatro de la memoria. El escritor contempla en el florilegio la tradición que funda su cultura, pero también se la apropia y se nutre de ella (Figura 1).

Las metáforas de los títulos: *Flores*, *Polyanthea*, *Viridarium* experimentan una estética de la diversidad. El florilegio no pretende fijar sobre cada término un sentido que acarrearía los riesgos de la polisemia, no tiene de diccionario más que la apariencia, por el orden alfabético, ciertas equivalencias griegas, definiciones sintéticas, etc. La acumulación de textos y su organización nos permite percibir los horizontes intelectuales y espirituales que preocupaban a los compiladores y lectores a los que iban destinados. Se advierte una evolución interesante en este sentido en obras que tuvieron varias ediciones e incrementos en su texto.

Es el caso de la *Polyanthea* del humanista italiano Domenico Nani Mirabelli, cuya primera edición se remonta a 1503 y que gozó de un inmediato éxito editorial y se convirtió en un instrumento imprescindible de todo hombre de letras (sagradas o profanas). El volumen, de

⁹ Hugo Grotius la edita en 1623 y 1625. Algunas de las formas más divulgadas del conocido florilegio fueron: *Apophthegmata ex variis autoribus per Joannem Stobaeum collecta* Varino Favorino Camerte interprete, Roma, 1517 (con 86 entradas) y *Sententiae ex thesauris Graecorum delectae, quarum autores circiter ducentos et quinquaginta citat, et in sermones sive locos communes digestae, nunc primum a Conrado Gesnero Doctore Medico, Tigurino, in Latinum sermonem traductae, sic ut Latina Graecis e regione respondeant*, Tiguri, Excudebat Christoph Froschevervs, 1543 (repertorio de apotegmas y sentencias morales organizado de forma temática y dividido en 124 «sermones»).

unos doscientos cincuenta folios, se propagó por Italia, Francia y Alemania en más de seis reediciones aumentadas hasta 1582. En 1585, el editor de Colonia, Martinus Cholinus, incorporó doscientas treinta y una adiciones de Bartolomé Amantio (al que Juan de Guzmán llama en la cita que encabeza este trabajo Bartholomeo Amancio) y las *flores et sententiae* reunidas por un erudito francés, François de Tort. De 1598 a 1669 apareció en Lyon la edición más tardía, la *Polyanthea* engrosada hasta el punto de contar, desde 1620, con más de 3.000 columnas de texto gracias al trabajo de un profesor de origen alsaciano que enseñó matemáticas y griego en Friburgo, Joseph Lange, con el que colaboró un tal François Dubois de Lille a partir de la edición de 1621. La presentación en veinte libros, o en veintitrés en 1648 y 1669, parece corresponder más a una redistribución de los contenidos que a las adiciones. Pero las transformaciones que se operaron en poco más de un siglo sobrepasan el simple enriquecimiento; se abrieron paso las preocupaciones nuevas (que merecerían una atención mayor de la que ahora les podemos prestar); por ejemplo, una diferente clasificación más sistemática que parte de la etimología, distingue las citas según su origen bíblico, poético o filosófico, se reserva un apartado para las comparaciones, jeroglíficos... lo que hace que la obra se metamorfosee de sentenciario a antología y surjan artículos nuevos.

El título inicial fue presentando variaciones que indicaban que la obra había sido ampliada, pero cualquiera de sus diferentes versiones a lo largo de los siglos XVI y XVII se consideraba como la *Polyanthea* por antonomasia. A medida que las versiones de esta *polyanthea* se van ampliando, los títulos se convierten en más complejos y explicativos, indicando quiénes han intervenido en la redacción, a quiénes va dirigida la obra, las fuentes de donde se han extraído los textos...

Si nos fijamos en la edición de Joseph Lange de 1621, su título es bien elocuente:

Floregei, magni, seu polyantheae floribus novissimis sparsae, libri XX. Opus praeclarum suavissimis celebriorum sententiarum, vel Graecorum, vel Latinarum flosculis refertum. Iam olim a Domenico Nano Mirabellio, Bartholomaeo Amantio, Francisco Tortio ex auctoribus cum sacris, tum profanis, vetustioribus et recentioribus, collectum. Studio dehinc et opera I. Langii, meliore ordine dispositum, immensis fere Apophthegmatis, Similitudinibus, Adagiis, Exemplis, Enigmatibus, Hieroglyphicis et Mythologiis locupletum atque perillustratum. Editio titulis item novissimis aucta: Definitionum, Sententiarum, Rerumque observatio digniorum abunde ultra praecedentes facta, a mendis nitidior cultu repurgata, numerisque omnibus absolutissima Francisci Sylvi Insulani industria et labore. Francofurti, Sumpibus haeredum Lazari Zetzneri, 1621.

El título, con su metáfora inicial, es como un microcosmos de la obra que muestra la mentalidad analógica que confiere coherencia a la diversidad. Su traducción nos permite verlo mejor:

Gran florilegio o parterre abigarrado de las flores más singulares, en veinte libros. Obra notable adornada de la fina flor de las sentencias tomadas de los más ilustres autores, tanto griegos como latinos. Repertorio formado hace mucho tiempo por Domenico Nano Mirabellio, Bartolomé Amantio, Francisco Tortio [François de Tort] a partir de autores tanto sagrados como profanos, antiguos y modernos. Luego, gracias al trabajo y a la sabiduría de José Langio [Joseph Lange], pero en mejor orden, enriquecida y adornada de un número casi incalculable de Apotegmas, Comparaciones, Adagios, Ejemplos, Emblemas, Jeroglíficos y mitos. Edición incluso aumentada de títulos todos nuevos, más rica que las precedentes en definiciones, sentencias y hechos dignos de atención, sometida a un pulimiento más esmerado que le ha corregido las erratas y llevada a la perfección en todas sus partes por el celo y el trabajo de Francisco Silvio Insulano [François Dubois de Lille]. Francfurt, a costa de Lazaro Zetznerus, 1621.

Mirabelli organizó el contenido por conceptos que corresponden por lo general a los lugares comunes de la Retórica y la Oratoria y en forma alfabética. Los equipos que aumentan la obra, aunque a veces reorganizaron la ordenación interna de los conceptos tratados, mantuvieron el orden alfabético. Los artículos no son tratados de forma idéntica, y hay gran diferencia entre las primeras ediciones y las últimas. Ofrecen una variedad de información agrupada por lugares comunes de erudición que en el caso de un concepto complejo y en la edición más completa puede constar de: etimología y definición, clasificaciones posibles del concepto, citas bíblicas relacionadas con el concepto, citas de los Padres de la Iglesia y de autores cristianos medievales, citas de autores clásicos griegos y latinos, de autores contemporáneos, símiles, sentencias (de filósofos, de poetas), *exempla sacra*, *exempla profana*, apotegmas, adagios, fábulas, apólogos, emblemas, y así cualquier intelectual, predicador, escritor, poeta, estudiante, podía hallar por un lado fuentes de la *inventio* y a la vez ornato suficiente para apuntalar su discurso con erudición.

Se advierte una evolución notable en la presentación desde la edición de 1503 de Mirabelli a la más completa de Lange. Mientras que al principio los contenidos de cada entrada iban agrupados, sin epígrafes internos divisorios, a partir de las ediciones de Bartolomé Amantio y Francisco Tortio los contenidos se agrupan bajo epígrafes que facilitan la consulta. Las ediciones de Lange del siglo XVII mejoran la presentación tipográfica que contribuye a mayor claridad y orientación en las búsquedas.

El hecho de que suelen darse los lugares de donde se toman las citas recopiladas puede facilitar al que consulta el que acuda a la fuente primaria si desea ampliar lecturas o conocimientos.

La casi suma perfección a que llegó la *Polyanthea* en las versiones de Lange no pudo ser superada por una importante obra que se produjo en el siglo XVII pero que no sería de la misma utilidad rápida que las precedentes. Su carácter mucho más enciclopédico y su disposición en ocho volúmenes limitaba el acceso a ella y su precio la hacía inasequible

para muchos ingenios que no pertenecían a obras religiosas ni a la nobleza (sabemos, por ejemplo, que Calderón la usó). Me refiero al

Magnum theatrum vitae humanae, hoc est, rerum divinarum, humanarumque syntagma catholicum, philosophicum, historicum, et dogmaticum; ad normam Polyantheae universalis dispositum. Per locos communes juxta alphabeti seriem sublata Classium et Historiarum iteratarum varietate, in tomos VIII.... Auctore Laurentio Beyerlinck Theologo, Protonotario, Canonico, & Archipresbytero Antuerpiensi. In hanc editione novissima, SS. Pontificum, imperatorum, Regum, Principum, & c. ad hanc usque diem accessione auctum & ornatum. Lugduni, Sumpribus Joannis Antonii Huguetan, M. DC. LXXIIX.

Como se indica en el título son ocho los volúmenes que ofrecen información en la forma habitual de las *poliantheae*, aunque el octavo, voluminoso como los demás, es todo dedicado a índices. Todo puede hallarse en esta obra. Los nombres propios tienen entrada en versalitas redondas, y los comunes en caja baja cursiva. Tiene de particular que envía no sólo a autores clásicos, sino que cita a modernos como Erasmo (*Adagia*) o a Pierio Valeriano (cuando cita jeroglíficos, etc.).

A lo elocuente de su título metafórico se une el interés de la portada del tomo I, que es una representación de la *Tabula Cebetis* en un hermoso grabado calcográfico firmado «Ger Audran fecit» (Figura 2).

A pesar de las limitaciones que imponía su peculiar tamaño, la obra gozó de al menos siete ediciones, desde la que parece más temprana, en 1631 hasta la última en 1707.

Para que nos hagamos una idea de la amplitud de cada artículo y la variedad de aspectos que trata de él, tomemos el ejemplo de *AMOR*, que ocupa 45 páginas de tamaño gran folio. Se divide en epígrafes que anuncian el tratamiento particular de uno de los aspectos estudiados sobre el amor, y allí remite a fuentes, e incluso aporta muchas citas. En la voz *Adulterium*, que ocupa sólo 9 páginas, por ejemplo, tiene las siguientes entradas:

definitio & etymologia
 adulteri foeditas, malitia, pernicies
 adulterii commissi exempla
 ex S. Scriptura
 Historica
 in adulterio deprehensi, miraculo
 casu fortitudo, composito, astu
 adulterii puniti
 exempla sacra
 historica
 poenae ecclesiasticae
 exempla adulterii puniti in particulari
 leges christianorum civiles
 in adulterio mortui
 matronis

reginis
 aliis quibusuis
 bestiae adulterii vindices
 Clementia erga adulteros, adulteras, pellices, procos.
 Libidinis poena
 adulterii et adulterorum hieroglyphica
 adulterii perfidia
 adulteriorum incentores, leones, etc.
 adulterii probatio
 scriptores

Hay otros artículos más extensos, como el de *AMBITIO*, que ocupa 90 páginas y da, además de la definición y etimología, modos de ambición, origen, *exempla* sacros o históricos de ambiciosos en que atiende a famosos que incurrieron en este pecado que fueron pontífices, sacerdotes, reyes, esposas de famosos, padres o madres de famosos, hombres famosos que sufrieron este vicio, discípulos de la ambición, como la emulación, la dignidad, la victoria, pueblos actuales más ambiciosos, y así pasa a la actualidad y trata también de pontífices y sacerdotes, reyes, príncipes, políticos, hombres píos, herejes, filósofos, retores, poetas, músicos, médicos, jurisconsultos, mecánicos, arquitectos, niños de índole ambiciosa, mujeres...; cómo se ejercita la ambición (una larga lista de posibilidades y acciones para disimularla), formas positivas de ambición y sus logros... Luego trata de pueblos antiguos que fueron víctimas de la ambición y aporta numerosos *exempla* y citas que aluden a los distintos imperios y reinos a lo largo de la Historia. Atiende también a las formas de manifestarse la ambición, como los triunfos, estatuas, tablas con inscripciones, pompas soberbias, pompas y honores ligadas a la ambición, penas y castigos a los ambiciosos, apotegmas de la ambición y los ambiciosos.

Aunque las *Polianteas* se señalan por su continuidad y lo prolongado de su fortuna, no son más que el centro de una constelación de obras de la misma naturaleza. Joseph Lange mismo publicó en 1596, siguiendo la tradición erasmiana los *Adagia* (*Adagia sive sententiae proverbiales: graecae, latinae, germanicae, ex praecipuis autoribus collecta: ac brevibus notis illustrate: inque Locos communes redactae per Iosephum Langium una cum indice* [Al final: Argentorati], Excudebat Iosias Richelius, M D XCVI). Sólo atiende en este caso, como el título indica, a adagios en griego y latín que pueden servir de motivo de invención o de ornamento erudito.

Luego, en 1607, el mismo Lange publicó un *Tyrocinium graecae litteraturae, continens exempla brevitatis selectorum apophthegmatum, fabularum, epistolarum, dialogorum, apigrammatum* (*Iniciación a la literatura griega que contiene ejemplos de concisión sobre una selección de apotegmas, fábulas, cartas, diálogos, epigramas*); en 1613 y 1625 sus *Loci communes, sive Florilegium rerum et materiarum selectarum praecipue sententiarum*,

apophtegmatum, similitudinum, exemplorum, hieroglyphorum (es decir: lugares comunes o florilegio de hechos y de temas escogidos, en particular de sentencias, apotegmas, comparaciones, ejemplos, jeroglíficos), varias veces reeditadas hasta 1662, bajo el nuevo título de *Anthologia*.

Esta obra, por su tamaño accesible (8º) aunque de volumen muy grueso, se hacía de consulta y transporte muy práctica, y fue muy empleada por estudiantes y escritores viajeros. A menudo la hemos visto acompañada como un tomo segundo de una versión abreviada que se realizó en 1624 del famoso *Florilegium ethico-politicum* (Francofurti, 1610), del erudito holandés Janus Gruterus, bibliotecario de Heidelberg, que ocupa en su versión extensa tres volúmenes (1612-1613). El título de esta versión abreviada es:

Loci communes sive Florilegium rerum, et materiarum ex auctoribus vetustis; theologis, philosophis, oratoribus, historicis, poetis, &c. graecis et latinis, sacris & profanis selectarum. Alterum: in usum studiosae juventutis ex magni illius Jani Gruteri Florilegii magni Tomo secundo decerptum, & contractum. Argentorati, Sumpibus Haeredum Lazari Zetzneri, Anno M. DC. XXIV.

Del mismo Janus Gruterus es la famosa poliantea *Florilegii magni, seu Polyanthaeae...* (Estrasburgo, sumpt. haer. Lazarus Zetznerus, 1624; al año siguiente se hizo otra edición en Venecia, por Guerilius), que ocupa dos gruesos volúmenes *in folio* y que está destinada a un público muy amplio según lo que indica en portada: eclesiásticos, políticos, teólogos, filósofos, juristas, oradores, poetas... Ofrece fuentes de erudición entre las que aparecen apotegmas, emblemas, lugares mitológicos, definiciones, sentencias, símiles, proverbios, *exempla*, procedentes de autores clásicos latinos y griegos, sagrados y profanos. Está organizada por libros y de forma alfabética y tiene buenos índices.

También a Gruterus pertenece otra poliantea menos difundida probablemente por su difícil manejo, ya que la componen siete volúmenes:

Lampax, sive fax artium liberalium, hoc est, thesaurus criticus, in quo infinitis locis theologorum, jurisconsultorum, medicorum, philosophorum, oratorum, historicorum, poetarum, grammaticorum, scripta supletur, corriguntur, illustrantur, notantur... Francfurt, sumpt. Ioan Rhodius, 1601,

Tuvo varias ediciones posteriores; como su título indica ofrecía una variedad de lugares de distintos autores y unos espléndidos índices.

A medio camino entre *polyanthea* y miscelánea (porque incluye muchos ejemplos y casos de personas como la *officina* de Ravisio Textor) está la conocida obra de Theodor Zwinger:

Theatrum vitae humanae Hoc est, eorum omnium fere quae in hominem cadere possunt Honorum atque Malorum exempla historica... in XIX libros digesta... Primum a Conrado Lycothene... deinde Theodori Zwinggeti... studio et labore eousque deductum... Parisiis, Apud Michaellem Sonnum, 1572 (al final: Ioannes Charron, impensis Nicolai Chesneau et Michaelis Sonni, 1571),

en grandes volúmenes *in folio*¹⁰.

Agrupados en un bloque denominado *proscenia*, al principio del primer volumen, se incluyen unos cuadros sinópticos muy útiles para ver las ramificaciones de los temas tratados siguiendo una taxonomía aristotélica del conocimiento. Dedicó otros cuadros a explicar el orden en que van expuestas las materias. La obra no sigue el orden alfabético habitual de este tipo de compilaciones enciclopédicas. Por ejemplo el libro I, se dedica a las facultades del alma, y dentro de estas hay un orden riguroso expuesto en el cuadro sinóptico. El esquema de la muerte, por ejemplo, es muy interesante; a ella se dedica el libro 7 y trata de las muertes naturales y no naturales, oportunas o no, causas, causantes de la muerte... Es más difícil de usar que las que emplean orden alfabético, pero quien supiera el sistema, podía encontrar en esta obra muchos ejemplos, datos copiosos y remisión a fuentes de primera mano. Fue obra a la que la censura inquisitorial maltrató en España, y presenta partes importantes tachadas.

El último volumen contiene 4 índices exhaustivos en que puede hallarse todo el tesoro de informaciones que contiene esta obra magnífica:

5. *Titulorum perpetua voluminum & librorum serie descriptorum catalogus.*

6. *Titulorum ordine alphabetico digestorum elenchus.*

7. *Exemplorum secundum propria nomina grammartice dispositorum index.*

8. *Auctorum magis illustrium Nomenclator.*

También en esta línea conviene tener en cuenta una obra muy utilizada por los poetas áureos, las *Lectionum antiquarum* de Ludovicus Caelius Rhodiginus¹¹, en que su autor intenta reconstruir los comentarios o *stromateus* perdidos de Vindex Caesellius (Lucius Caesellius Vindex) en dieciséis libros que tratan de la creación del mundo, las estrellas, los colores, dioses, hombres, demonios, animales... Está plagado de anécdotas, datos y *exempla* (presentados en mayor desorden a medida que avanza la obra, que se va convirtiendo en una miscelánea) que pasaron a poblar muchas de las páginas de escritores y los sermones de predicadores de la época.

¹⁰ En la Biblioteca Nacional de Madrid puede verse la edición: *Theatrum humanae vitae Theodori Zuingeri Bas. Tertiatione Nouem voluminibus locupletatum, interpolatum, renouatum. Cum tergemino Elencho, Methodi scilicet, titulorum et exemplorum*, Basileae, per Eusebium Apiscopium, 1586 (BNM 2/34219-26).

¹¹ *Ludovici Caelii Rhodigini Lectionum antiquarum libri XXX. Recogniti ab avthore, atq[ue] ita locupletati, ut tertia plus parte auctiores sint redditi: qui ob omnifariam abstrusarum et reconditorum tam rerum quam uocum explicationem (quas uix unius hominis aetas libris perpetuo insudans obseruaret) merito conuocopiae, seu thesaurus utriusque linguae appellabuntur: quod in quocunque studiorum genere, non minor ipsorum, quam ingentis bibliothecae, aut complurium commentariorum possit esse usus. Index est additus, in quo nihil desideres*, Basilea, Ambrosius y Aurelius Frobenios, [1566].

En algunos casos, los repertorios se especializaban en alguna de las principales fuentes de erudición, como la Historia. Es el caso de un libro en octavo, no muy voluminoso, de Antonio Possevino muy recomendada por jesuitas como Caussin a sus alumnos:

Antonii Possevini Mantuani Societatis Iesu Apparatus ad omnium gentium historiam. Expenduntur Historici Graeci, Latini, et alii. Quonam modo per seriem temporum legendi, et ad usum adhibendi. Quinam veraces, aut suppositiui, vel mendaces, vel labe aliqua, aut haeresibus aspersi. & Methodus ad Geographiam tradendam. Venetiis, Apud Io. Bapt. Ciottum Senensem, Sub signo Aurorae 1597.

La obra está distribuida en siete secciones:

1. *Humanae historiae.*
2. *Ad graecos historicos legendos.*
3. *Ad romanam historiam.*
4. *Iudicium de Annio Viterbiensi, de Beroso, de Matasthene, ac de aliis suppositiuis, & spuriiis historicis.*
5. *Historicos, qui generatim de Europa, sive de rebus gestis in variis eius prouinciis, ac regionibus scripsere.*
6. *Historicos qui gesta in Asia vel de Asiaticis rebus posteritati tradidere.*
7. *Historicos de rebus Africanorum.*

Tiene un buen índice y unas hojas desplegadas muy interesantes, con cuadros sinópticos; por ejemplo: *Stemma Augustae domus*, y al lado de los nombres de las personas, indica la página en donde se trata de ellas. Es útil en el sentido de que parece una guía en donde pone los temas y envía a buscar información a varios autores muy conocidos, con la localización de los lugares en donde se trata de ese tema. La edición que consulto incluye al final una obrita de Luciano: *De scribenda Historia*, lo que indica que fue muy utilizada por estudiantes.

Aunque dirigidas en principio a predicadores, algunas compilaciones doxográficas destinadas a servir de fuente de invención para el orador católico gozaron de enorme difusión entre escritores de todo tipo, como el *Thesaurus concionatorum* de Tomás de Trujillo o la *Silva locorum communium*¹² de Luis de Granada, que acompañaba a su estimadísimo tratado de retórica eclesiástica como suplemento muy necesario (por el precedente de los *Adagios* y otras *Flores* publicados por Erasmo). Esta silva podría ella sola servir de punto de partida de un inventario de la cultura católica posterior al Concilio de Trento y del renacimiento de los Padres de la Iglesia. Queda clara la jerarquía: la

¹² *Silva locorum qui frequenter in concionibus occurrere solent, omnibus divini verbi concionatoribus cum primis utilis et necessaria. In qua multa tum ex veterum Patrum sententiis collecta, tum opera et studio authoris animadversa traduntur: quae ad hoc munus exsequendam vehementer conducant.* Autore et collectore R.P.F. Ludovico Granatensi, [...] Salamanticae, Anno 1586.

Sagrada Escritura y los Padres dominan sobre los autores paganos que quedan relegados a un plano muy inferior. Los lugares o citas son tomados en cantidad decreciente de la Biblia, las epístolas de san Pablo, los Padres latinos (entre los que san Agustín ocupa el primer lugar, seguido de Ambrosio, san Jerónimo, Tertuliano y Lactancio) y los Padres de la Iglesia griega, los del desierto, los escritores medievales: Isidoro de Sevilla, Hugo de San Víctor, Beda el Venerable y san Bernardo de Claraval. Las autoridades paganas son: Cicerón, Aristóteles, Ovidio, Valerio Máximo y Marcial, y ocupan un lugar restringido.

Muchos otros compiladores publicaron repertorios que, por abarcar una materia diferente corresponden a un corte o a otro, no son concebidos siempre bajo el mismo patrón y responden a intereses semejantes. Se puede citar por ejemplo:

Viridarium illustrium poertarum cum ipsorum concordantiis in alphabetica tabula accuratissime contentis (bosquecillo de poetas ilustres, acompañado de concordancias alfabéticas realizadas con el mayor cuidado), 1507, 1512 y 1513.

Illustrium poetarum flores [...] in locos communes digesti (*Flores de poetas célebres dispuestas en lugares comunes*), obra del humanista italiano Ottavio Fiovaranti, llamado Mirandula, que alcanzó doce ediciones entre 1538 y 1616 y fueron revisadas por Théodore Pumanus a partir de 1568.

Florilegium diversorum epigrammatum de 1531. En esta obra los epigramas están dispuestos por lugares comunes al estilo del de Stobeo¹³, y se trata, en realidad, de una edición de la *Antología griega*, que se empleó como fuente de invención y para ejercicios de *imitatio* durante mucho tiempo.

Entre los diccionarios más o menos convencionales, destacaban por la frecuencia de su uso los que siguen:

Thesaurus linguae graecae de Henri Estienne o Stephanus, que presenta las entradas en griego con un extenso comentario en latín y citas de autoridades latinas y griegas.

Como diccionario bilingüe fue bien conocido el *Lexicon graecumlatinum*, de Guillermo Budé, y el *Lexicon grecolatinum* de Gilberto Longolio.

Pero sin duda, el más estimado de todos los diccionarios de varias lenguas fue el del italiano Ambrogio da Calepio o Calepino (c. 1440-1510) monje agustino que compiló un *Dictionarium* de latín y varias lenguas modernas que se publicó por vez primera en Reggio en 1502 y que fue incorporando en sus sucesivas ediciones varias otras lenguas, hasta llegar a once en la edición de Basilea de 1590, en que se incorporaban lenguas tan poco corrientes como el polaco y el húngaro. Mezcla conceptos con nombres, y los nombres propios de personas los pone precedidos de un asterisco (no los de ciudades u otros).

¹³ Esta obra está entre las que poseía Quevedo.

Además de dar el significado de la palabra en varias lenguas, explica en latín las fuentes e indica dónde puede hallarse más información sobre el tema.

Otro diccionario de gran utilidad fue el *Nomenclator*, de Adrianus Junius, que es un diccionario ideológico con entradas en latín y equivalencias en griego, alemán, flamenco, francés, italiano, español e inglés, organizado por campos semánticos. Son muy ricos los campos relacionados con la Medicina, ya que su autor era médico.

También gozó de gran estima y difusión el *Dictionarium historicum, geographicum, poeticum* de Carolus Stephanus, que parece que tuvo ediciones anónimas (Lyon, 1551, 1556, 1575, 1595, al menos) antes de la de Stoer de 1603 en que aparece el nombre de su autor. Este fue sin duda uno de los diccionarios más utilizados por autores del Siglo de Oro, que a menudo requerían aclarar datos sobre términos geográficos e históricos tanto para la lectura e interpretación de obras ajenas como para el ejercicio de *imitatio* propio. Lope de Vega, por ejemplo, lo empleó para la redacción de la *Arcadia*.

En la misma línea está el *Dictionarium nominorum propriorum virorum, mulierem, populorum, idolorum, urbium, fluuiorum, montium, caeterorumque locorum, quae passim apud melioris notae autores leguntur*, de Robertus Stephanus (veo la ed. de Colonia, Her. Arnoldus Brickmanus, 1568).

Hay también una variedad de obras de referencia que fueron muy utilizadas por los autores áureos, como los repertorios de organización temática miscelánea pero ordenados alfabéticamente. Entre estas obras, las más famosas, divulgadas y usadas fueron la *Officina*¹⁴ y la *Cornucopia*¹⁵ del humanista francés Jean Tixier de Ravisi (1480-1524), más conocido como Ravisio Textor. La *officina* es un voluminoso *teatro* de materiales poéticos e historico-mitológicos y un precioso instrumento heurístico. Se publicó probablemente por vez primera en 1520 y en 1522 con adiciones. Sufrió variaciones, según sus ediciones, desde 1551, 1585, 1593, 1602, 1608, 1613 (todas de Lyon) y en Basilea (1566, 1626, 1663). En unas se divide en 7 y en otras en 8 libros que tratan de forma global del mundo, del hombre, de las artes liberales, de vicios y virtudes, de las nueve musas, de los cuatro elementos, de diversos pueblos... Presenta extenso índice alfabético de los *loci* del repertorio. La *cornucopia* presenta bajo lista alfabética curiosidades sobre los temas más diversos. (Figuras 3-4)

El mismo Tixier de Ravisi ofrece el *Epithetorum opus* que empezó a imprimirse en 1524¹⁶ y que recopila de forma sistemática y ordenada

¹⁴ Jean Tixier de Ravisi (conocido como Ravisio Textor), *Officinae Ioannis Ravisii Textoris Epitome*. Lugduni, Apud Sebastianum Honoratum, MDLXXII, 2 vols. (de entre las muchas ediciones que se hicieron consulto ésta).

¹⁵ Jean Tixier de Ravisi, *Cornucopiae, quo continentur loca diversis rebus abundantia secundum ordinem literatum...* Paris, 1519 (consulto un ejemplar de la edición de Lugduni, Apud Haered. Seb. Gryphii, 1560).

una amplísima muestra de la adjetivación utilizada por los autores clásicos y su aplicación a cada uno de los sustantivos que son las entradas de esta obra utilísima para los poetas (Figura 5).

Todas estos instrumentos de que disponían los oradores, escritores y poetas de los siglos XVI y XVII bien para ayuda exegética, para ornar sus discursos para dotarlos de *auctoritas* gracias a las citas, para usarlos como guía que les enviaba a las fuentes primarias y ampliar conocimientos, o bien para utilizar sus textos seleccionados como motivos de *inventio* o fuentes de *imitatio* han de tenerse en cuenta para apreciar cabalmente las formas de trabajar de los autores que nos interesan. Sería muy útil disponer de ediciones electrónicas de algunas de las principales polianteas (labor que sabemos que no tardará mucho en llevarse a cabo), lo que ayudará mucho a editores de textos del Siglo de Oro a determinar la influencia que ejercieron en nuestra literatura.

¹⁶ Consulto la siguiente edición: *Joannis Ravisii Textoris Nivernensis opus epithetorum integrum...* Basileae, per Nicolaum Bryling, et Sebast. Francken. Anno MDXLI.